

NOTICIA DE GERARDO DIEGO

Con el poeta montañés en su casa de Madrid. Cada salón, cada gabinete, está convertido en cuarto de trabajo donde los libros, las revistas y los papeles forman baluartes independientes. Toda la trayectoria del poeta está remansada en esta especie de compartimentos estancos, desde que publicó su primer libro, «Imagen», en 1922.

El tiempo ha pronunciado aún más en Gerardo Diego los rasgos cubistas de su figura, afilada, de línea sensible, de tonos ruborosos. Poco a poco su pulcritud física—síntesis de hueso y músculo—va asemejándose, en su morfología, a la figura de Azorín en los últimos años de su vida.

—Ahora—nos dice Gerardo Diego, estirando el cuello y con los párpados casi juntos, como el urogallo que se dispone a cantar al filo del amanecer—atravesé un período de pereza. Me falta voluntad para acometer todas las cosas que tengo pendientes. Unas son de tipo creativo; otras, de corrección, ordenación y revisión, con vistas a inmediatas ediciones o reediciones. Al mismo tiempo me gusta continuar escribiendo nuevos poemas y no quedarme anclado en un momento determinado.

Además de la selección de obra de diferentes épocas, Gerardo Diego tiene en perspectiva muy inmediata un libro titulado «Cementerio civil», cuyos poemas ha leído recientemente en la «Tertulia Literaria Hispanoamericana».

—El título corresponde a la primera parte del libro, que se completa con otros poemas de tipo elegíaco, grave o serio. «Cementerio civil» son meditaciones sobre la muerte, visitas o despedidas a personas que están enterradas allí, desde Baroja hasta Julio Campal, el poeta uruguayo. Al principio escribí estos poemas como reacción humana de un hombre religioso ante el hecho de la separación del cementerio católico de todo lo demás. No me parece mal que se denomine cementerio civil, pero es que allí están enterrados todos los que no son católicos: protestantes, hebreos... También me ocupo de recordar cementerios que he visitado en diferentes partes del mundo. Es decir, una gran hermandad de los muertos.

«Carmen Jubilar» será otro libro, en cierto modo complementario del anterior, en el que el poeta va a recoger una temática variada: paisaje, retratos, amistades, etc.

—Será un libro de afirmación, de juventud y de esperanza.

También está ya dispuesto para ser enviado a la imprenta otro libro que espera que alguna vez ceda la pereza del amigo artista que ha de ilustrarlo.

—Su tema es una especie de apéndice de mi libro sobre Soria, que habría de publicarse en la gran edición bibliográfica de Díaz-Casariago.

Otra obra en preparación—para Plaza y Janés—son dos volúmenes, en los que se contenga toda su poesía, debidamente revisada en cuanto a corrección de erratas, puesto que no añadirá ni suprimirá nada.

—Calcule que en estos dos volúmenes estarán contenidos cuarenta libros de poesía, que abarcan desde 1922 a

1972; es decir, medio siglo de actividad poética.

—¿Ha evolucionado mucho la vida del poeta desde aquella generación de 1927 a nuestros días?

—En cuanto a la actividad total y a su vida no creo que exista diferencia esencial. Ya nosotros éramos, además de poetas, otra cosa. Salinas, Guillén, Dámaso Alonso alternaban su dedicación a la poesía con el desempeño de su labor como profesores. Salvo Juan Ramón y Vicente Aleixandre—que también fue profesor en la Escuela de Comercio—, que eran sólo poetas, y algunos otros que pertenecían a familias acomodadas, como García Lorca y Rafael Alberti, todos los demás nos ganábamos la vida con otras actividades. Esto sigue siendo la dominante de las generaciones actuales. Hoy el poeta se puede ganar la vida con la pluma en el periodismo y con



algunas conferencias, lo cual antes no le era permitido.

Nos referimos a la evolución de la vida en los últimos treinta años, que ha precipitado al hombre hacia la sociedad de consumo y a un más alto nivel de vida.

—¿Surgen aún los poetas en un medio materializado como el que nos toca vivir?

—Siguen surgiendo poetas precisamente porque la poesía sigue ofreciendo una garantía de independencia, de elevación sobre la vulgaridad y, al mismo tiempo, una imposibilidad de corrupción económica a la que son propensos algunos de los demás géneros literarios. Por ejemplo, se habla de «teatro comercial»; pero no puede hablarse nunca de «poesía comercial», porque son dos vocablos imposibles de unir. Se dice «novela comercial»... Por eso la juventud, que es más pura, se ha entregado siempre a la creación poética con absoluta ilusión, en la que algunos persisten toda la vida y otros ceden, en busca de un círculo más amplio de lectores, para lo cual se consagran a la prosa.

Recuerda Gerardo Diego que la primera solicitud que tuvo para publicar sus poemas en las páginas de un periódico estaba firmada por el director de A B C, en 1931.—Marino GÓMEZ-SANTOS.